

muchas fortalezas, es cosa que ningun soldado que sepa su obligacion puede aconsejar. De suerte que, ó debemos renunciar á toda operacion contra Francia, buscando posiciones defensivas, ó hemos de posesionarnos de Suiza. Ningun general que estime la salvacion de su monarca y de su propio honor puede aventurarse á operaciones contrarias á todos los preceptos de la guerra y á los mas tristes experimentos que ha venido haciendo nuestra monarquía de veinte años á esta parte. Si nuestro ejército es tan poco independiente que nuestros propios aliados pueden oponerle obstáculos para que no realice aquellas operaciones únicas que tienden al fin; si ha de limitarse tan exclusivamente á las falsas opiniones de sus aliados que con sus 300,000 soldados no pueda moverse como quiera para llegar al objeto comun, es preciso inmediatamente limitarnos á la defensiva y procurar que el emperador no falte á su palabra y no firme en su propia residencia la paz que podríamos ir á buscar á París. Ya hemos perdido un tiempo precioso; ya el enemigo ha vuelto en sí de su terror y se apresura á acudir á socorrer los puntos amenazados. Dentro de poco se convencerá de nuestra falta de energía y de nuestra timidez, y nada mejor podrá hacer que mantenerse en los Países Bajos, entre sus fortalezas, á la defensiva contra un ejército al cual solo parece estarle permitido obrar contra los preceptos de la guerra. Así podrá dirigir todas sus fuerzas contra el ejército principal, sobre el cual pesa la maldicion de no poder ejecutar sus operaciones segun la voluntad de su general ni segun las leyes de la guerra, sino á tenor del capricho y de la conveniencia. Un ejército que tiene á su flanco izquierdo una provincia enteramente hostil y á su frente el Rin con todas sus fortalezas y en cuyo seno existe la imposibilidad de hacer movimiento alguno que, por consecuencia de deliberaciones y oposiciones innumerables, no sea casi antes conocido por el enemigo que por él mismo, un ejército de esa especie ha de ser derrotado, aun cuando lo mandara el mismo Dios. Todas las noticias que acerca de Suiza poseemos concuerdan en absoluto en que el gobierno que actualmente tiene es el único elemento adicto á los franceses. Los comandantes de todas las tropas suizas que se encuentran en Basilea se declararán en favor nuestro si avanzamos y queremos disolver al gobierno. Todavía no se ha colocado ningun ejército en el Franco-Condado; todavía podemos apostar la cabeza á que sin grandes pérdidas nos sería dado apoderarnos de Suiza y del Franco-Condado. Toda la Francia meridional, en la que actualmente no hay un soldado, vería dificultada con este paso su organizacion, con lo cual perderia Napoleon una parte importante de sus recursos. Cuatro semanas mas tarde se irán amontonando las dificultades, que al poco tiempo se convertirán en imposibilidades. Entonces vendrá, aunque tarde, el arrepentimiento por haber dejado pasar el momento oportuno y por haberse dejado vencer en vez de ser nosotros los vencedores. En pocas palabras: no podemos pasar el Rin y dejar á la izquierda á Suiza. Si se nos deja hacer, en pocos dias seremos dueños de Suiza y del Franco-Condado, pero ambas cosas perderemos si en vez de obrar perdemos mas tiempo (1).»

Todos los temores que esta medida inspiraba debian desaparecer desde el momento en que los suizos mismos renunciaron á la neutralidad y no se vieran turbados en sus asuntos nacionales por los austriacos. Y así fué. El general Watteuwyl, que tenia la mision de proteger con sus 15,000 hombres la neutralidad de Suiza, no era un hombre inhumano: tan favorables fueron los datos que acerca de él dió Lebzeltern que Metternich escribió á Schwarzenberg encargándole

(1) Archivo Imperial de la Guerra, de Viena.

que le halagara: «Hacedle saber que las potencias aliadas están contentísimas de su correcta conducta, que le están altamente agradecidas, que puede llegar á ser el segundo Guillermo Tell y que para ello no tiene mas que dejar que los sucesos sigan su curso y que iniciarnos en sus planes. Entretenedle de esta manera é inducidle á que licencie inmediatamente á las tropas suizas (2).»

El día 20 de diciembre el coronel suizo Herrenschaud firmó en Lorrach con el teniente feld-mariscal conde Bubna un convenio cuyo primer párrafo decía: «Todas las tropas suizas de la línea del Rin se retirarán con los honores de la guerra, con armas y bagajes (3);» y al día siguiente comenzaron los austriacos á pasar el río por los fuertes de Basilea, Lanfenburg y Schaffhausen. El cuerpo de Bubna se dirigió á Berna, Soleura, Friburgo y Ginebra: los de Giulay, Colloredo, Mauricio Lichtenstein y Bianchi atravesaron Newenburg y marcharon desde allí hácia Besançon por Pontarlier y Ornans, pero su punto de mira era la meseta de Langres, á la que tendia Schwarzenberg con su gran cuartel general en la línea de Basilea-Altkirch-Belfort-Vesoul; solo que por no tocar en Belfort hubo de dar un gran rodeo por Pruntrut, Mompelgard, Arcy, Villersexel. El día 12 de enero de 1814 llegó Schwarzenberg á Vesoul, donde tuvo que detenerse hasta que llegaron sus reservas, que aun se encontraban en el Rin. ¿Por qué se encontraban todavía allí? Porque el emperador Alejandro, que el día 13 de enero (año nuevo de los rusos) del año anterior habia pasado con sus guardias el Niemen, encontró poético conmemorar este suceso pasando de la misma manera, el día 14 de enero de 1814, el Rin por Basilea. «¡Así tengo que mandar!—decía Schwarzenberg á su esposa en tono de queja.—A la verdad es fastidioso ver jugar á los títeres en una época tan decisiva para el porvenir de Europa (4).»

Hasta el día 18 de enero no pudo Schwarzenberg ocupar á Langres, á la cual los franceses, contra lo que era de esperar, no defendieron. El día antes habia recibido del príncipe Metternich una carta que le causó gran espanto: estaba fechada en Basilea y comenzaba con las siguientes palabras: «Os escribo, mi querido amigo, en un momento de gran importancia. Hemos llegado al punto en que todo cuanto se ha hecho por la buena causa, la obra redentora que hemos emprendido, ha de ser coronada si no queremos que todo se derrumbe á nuestro paso. No os puedo decir todo lo que aquí pasa, pero pongo en vuestro conocimiento que mañana á mas tardar llegará lord Castlereagh y que de la primera hora de conferencia con él depende la salvacion de la causa, tal como actualmente se halla. Si divaga tan por completo como los demás, adoptaremos otras medidas. De todas maneras, es de suma importancia que vuestros movimientos militares no salgan de los límites de lo estrictamente necesario. No entra en nuestros planes sacrificar un solo hombre para sentar á Bernadotte en el trono de Francia. Sin duda creereis que estoy loco, ¿verdad? Nada de eso. Así lo consigna expresamente la orden del día (5).»

Schwarzenberg contestó el día 18 de enero en estos términos: «Ayer recibí vuestra carta del 16 y desde entonces no sueño mas que con Bernadotte. ¡Cómo! ¿El universo ha de haber visto formarse una alianza armada de los mas poderosos soberanos solo para venir á parar á tal escándalo? ¡Imposible! Cuento con vos (6).»

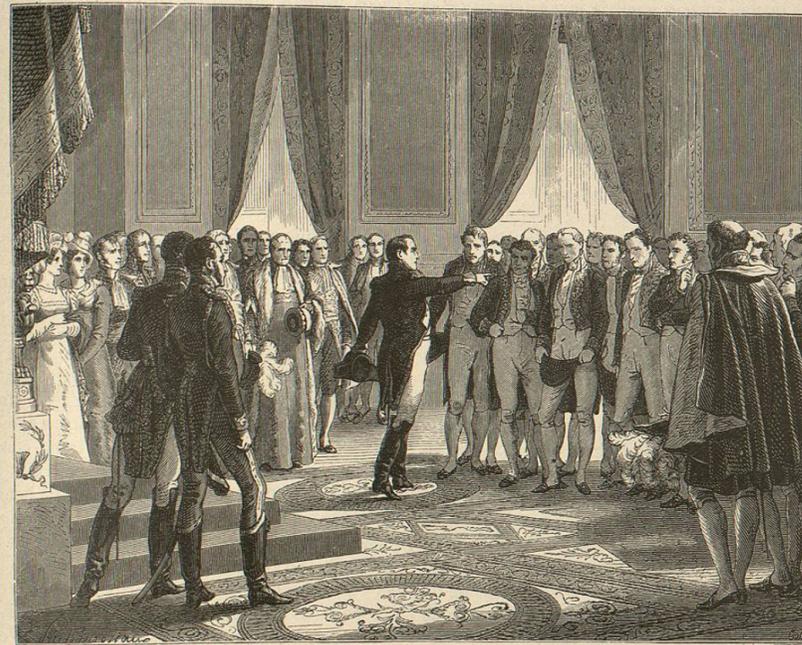
(2) Metternich: *Participacion del Austria*, etc., pág. 775. Véase en la pág. 141 la carta de Gentz, en Friburgo, en 19 de diciembre.  
(3) Thielen: *Recuerdos*, págs. 167-168.  
(4) Thielen: *Recuerdos*, pág. 178.  
(5) Metternich: *Participacion del Austria*, etc., págs. 797-798.  
(6) Metternich, idem, pág. 800.

## CAPITULO VI

## LUCHA DESESPERADA DE NAPOLEON

Napoleon habia salido de Maguncia el día 7 de noviembre y llegado á Saint-Cloud el día 9. Cuando el día 14 recibió en las Tullerías á las grandes corporaciones del Estado, dijo al Senado: «Hace un año, toda Europa marchaba con nosotros, hoy marcha toda contra nosotros (1).» No puede expresarse mas lacónica y exactamente el cambio que habian experimentado las relaciones de Europa respecto de Francia. Pero no era menor el que habian sufrido las relaciones de Francia respecto del emperador y que éste no

manifestó con palabras sino con hechos involuntarios é inoportunos. El día 15, un primer senado-consulta puso á su disposicion 300,000 hombres correspondientes á los contingentes de 1803 á 1814, y por medio de un segundo decreto se cometió una infraccion constitucional, cual si el emperador se encontrara en guerra no solo con Europa sino con la misma Francia. Con el fin de evitar las nuevas elecciones del Cuerpo legislativo que la Constitucion disponia, prorogóse arbitrariamente el mandato de los miembros de aquel cuerpo que debian ser renovados en 1.º de enero de 1814, y para impedir á este parlamento mudo toda tentativa oratoria se le privó de su último derecho ficticio, cual era el de nombrar presidente de su propio seno, confiándose este



Napoleon increpando al Cuerpo legislativo en la recepcion del día de año nuevo

nombramiento al emperador, quien eligió para aquella presidencia al duque de Massa (Reynier) á pesar de no haber formado éste nunca parte de la asamblea.

Napoleon temia el voto de Francia, temia la expresion franca de lo que el pueblo francés sentia hácia él y la temia tanto mas en un momento en que un peligro nacional como no se habia presentado en veinte años, hubiera debido dar á toda monarquía nacional derecho no solo á la obediencia sino tambien á la abnegacion espontánea de todo el pueblo sin distincion de partidos. Cuán fundado era este temor demostróse en seguida que se reunió el Cuerpo legislativo. La nacion entera sentíase dominada por un ardiente deseo de paz y mostraba cada dia una repulsion mas fanática hácia la extenuadora contribucion de sangre, hácia las continuas levadas, que pesaban exclusivamente sobre Francia desde que los que en otro tiempo habian sido soldados del emperador se habian unido para llevar á cabo una venganza de pueblos sin igual. De su propio peso caía que el Cuerpo legislativo expresaria de palabra estos sentimientos, y comprendiéndolo

Napoleon así, sacrificó al duque de Bassano, reemplazóle en el desempeño de los Negocios extranjeros por el duque de Vicenza, que pasaba por partidario de la paz, y ordenó á éste que escribiera, en 2 de diciembre, una carta á Metternich. Este la contestó el día 10 diciendo: que Sus Majestades se habian enterado con satisfaccion, por la referida carta, de que S. M. el emperador de los franceses habia aceptado bases «esenciales para el restablecimiento de un estado de equilibrio y para la futura tranquilidad de Europa.» El emperador se creyó bastante escudado con este documento para resistir la presion que en pro de la paz pudiera hacer el Cuerpo legislativo y por fin lo convocó para el 19 de diciembre. En el discurso del trono anunció que se comunicarian algunos documentos que demostrarían que él—que «como monarca y como padre» sabia apreciar lo que valia la paz para la seguridad del trono y de las familias—habia hecho cuanto habia estado de su parte para probar á las potencias enemigas sus tendencias pacíficas. Tambien se entregaron á la comision del Cuerpo legislativo un par de despachos; pero del dictamen del ponente de esta comision, Lainé, abogado de Burdeos, se desprende que el documento mas importante, ó

(1) Vaulabelle: *Histoire des deux restaurations*, Paris, t. I, p. 133.  
REVOLUCION FRANCESA

sea el programa de paz de 9 de noviembre, ó no fué comunicado ó se suprimieron de él las partes mas esenciales, pues de lo contrario no se comprendería por qué en aquel dictamen no se hace mencion alguna de las «fronteras naturales: Rhin, Alpes y Pirineos,» y por qué solo se utiliza como fuente de las bases de paz de los aliados el manifiesto de Francfort muy debilitado. Se ve, pues, evidentemente que no apareciendo este manifiesto, cuyos párrafos principales fueron textualmente copiados, el Cuerpo legislativo no podía tener conocimiento de los últimos perfiles de lo que los aliados se proponían hacer (1). Lainé propuso que se redactara un mensaje suplicando al emperador que contestara al manifiesto con un contra-manifiesto en el cual «prometiera ante Francia y ante la Europa entera no proseguir la guerra mas que por la independencia del pueblo francés y por la inviolabilidad de su territorio.» «Segun disponen las leyes, al gobierno corresponde proponer los medios que, á su juicio, conduzcan á rechazar lo mas rápida y seguramente posible al enemigo y á sentar la paz sobre bases sólidas. Estos medios serán eficaces si los franceses se convencen de que el gobierno tiende mas á la paz que á la gloria; lo serán cuando se convengan de que su sangre solo será derramada para defender la patria y las leyes protectoras. Pero las consoladoras palabras de paz y patria resonarian en vano si no se garantizaran las instituciones que prometen los beneficios de la una y de la otra. Vuestra comision considera, por lo mismo, indispensable, en el momento en que el gobierno propone los medios mas adecuados para la seguridad del Estado, suplicar á V. M. que cuide del completo y duradero cumplimiento de las leyes que garantizan á los franceses los derechos de la libertad, de la seguridad y de la propiedad y á la nacion el libre ejercicio de sus derechos políticos. Esta garantía es, á los ojos de la comision, el medio mas eficaz para devolver á los franceses la energía necesaria para sostener su independencia.» Esta última manifestacion aludía á los innumerables casos de tiranía irritante que revestían la forma de contribuciones ilegales, de arbitrariedades que clamaban al cielo en punto á leva de soldados y á percepcion de materiales de guerra, y de arrestos y encarcelamientos injustos en toda la Francia, y contra los cuales formulaban acerbas censuras los delegados de todos los departamentos (2). El día 29 de diciembre leyó Lainé su dictamen ante la asamblea que funcionaba como comité secreto y que lo aprobó por 203 votos contra 51, acordando su impresion; pero apenas tuvo Napoleon conocimiento de este acuerdo firmó profundamente indignado un decreto suspendiendo, desde el 31 de aquel mes y por tiempo indeterminado, al Cuerpo legislativo y ordenando al duque de Rovigo que suspendiera la impresion del dictamen y destruyera los ejemplares ya impresos. Esto fué causa de que no llegara á publicarse el mensaje del Cuerpo legislativo. El Senado, sin embargo, abandonó en el suyo el tono rastroso que siempre habia usado, atreviéndose á decir lo siguiente: «Induda-

(1) La única copia íntegra de la famosa memoria de Lainé se encuentra en la obra de Lubis: *Histoire de la restauration*, tomo I (Paris, 1848), págs. 384-390. Bernhardt (*Toll*, tomo IV, pág. 111) llama la atención sobre el hecho intencionado de tener secreto el programa de paz de 9 de noviembre, y hace constar, respecto de esto, que Caulaincourt habia solicitado la comunicacion del mismo documento diciendo: «Lo que se desea conocer son las proposiciones que se hacen y las que V. M. exige, en una palabra, las pretensiones que la sangre francesa habrá de sostener. La comunicacion íntegra tendría la doble ventaja de dar á la Francia y á la Europa una prenda de la moderacion de V. M., y de proclamar el compromiso público y recíproco para los aliados de no exigir mas y para V. M. de no conceder menos.» Thiers (tomo XVII, pág. 167) ha desconocido por completo este punto decisivo.

(2) Thiers, tomo XVII, pág. 171.

blemente ha creído V. M. que el poder se robustece limitándose á sí mismo y que el arte de hacer felices á los pueblos es la primera política de los reyes. — Señor, aceptad la paz, haciendo un último esfuerzo digno de V. M. y de los franceses: ¡ojalá que la mano de V. M., tantas veces vencedora, deponga las armas despues de haber firmado la tranquilidad del mundo! Tales son, señor, los deseos del Senado; tales son los deseos de Francia; tal es la necesidad de la humanidad entera (3).»

A la recepcion que dió el emperador el día de año nuevo y con motivo de la cual agrupábanse á su alrededor todas las autoridades, asistieron tambien los representantes del Cuerpo legislativo; cuando pasaron éstos por delante del trono indicoles Napoleon que se detuvieran y les dirigió una arenga, cuyos párrafos principales compaginamos de tres distintas relaciones: «Delegados del Cuerpo legislativo: podiais hacer mucho bueno y habeis hecho mucho malo. La undécima ó duodécima parte de vosotros sois hombres buenos, los demás son conspiradores. Os he convocado para que me apoyarais y habeis venido á decir y hacer todo lo necesario para favorecer al extranjero: en vez de la union nos traéis la discordia. Vuestra comision ha sido arrastrada por hombres adictos á Inglaterra: el señor Lainé, vuestro ponente, es un mal hombre: su dictamen está escrito con una astucia y con miras que no adivináis. Dos batallas que hubiese perdido en la Champaña no me hubieran hecho mas daño (4). — ¿Qué quereis? ¿Apoderaros del gobierno? ¿y qué hareis con él? ¿Qué necesita ahora Francia? Pues necesita, no oradores ni asamblea, sino un general. ¿Hay alguno entre vosotros? Y además, ¿dónde está vuestro pleno poder? La Francia me conoce: dos veces me ha elegido jefe por millones de votos y á vosotros os han delegado un par de centenares de votos emitidos en un rincon de un departamento para aceptar leyes hechas por mí, no por vosotros. El trono, considerado en sí mismo, no es mas que un armazon de tablas forradas de terciopelo. El trono es un hombre, y este hombre soy yo, con mi valor, mi carácter y mi gloria. Yo puedo salvar á la Francia y vosotros no (5). Francia necesita mas de mí que yo de ella. Yo puedo estar orgulloso porque he hecho grandes cosas; puedo estarlo, á pesar de mis desgracias, porque sé soportarlas con valor. Este orgullo que en el alma llevo me ha puesto en el primer trono del mundo. Vosotros quereis cubrirme de inmundicia, pero sabed que yo soy de los hombres á quienes se mata pero no se deshonra. Volved en vosotros mismos y mirad qué situacion adoptais para crearme dificultades. ¿No se dirá que estais en connivencia con el enemigo? Si hubiera de atender á lo que proponéis, veríame obligado á ceder al enemigo mas de lo que pide. ¿La paz? Tambien yo la quiero, pero la quiero compatible con el honor nacional. Dentro de tres meses, ó los enemigos habrán salido de Francia ó yo habré dejado de existir (6).» El emperador hablaba como si tuviera clavada una espina en el corazon, y así era efectivamente. Mas dolorosa que las terribles derrotas en el campo de batalla era para él la necesidad de disolver el Cuerpo legislativo en un momento en que se estaba enfrente de una irrupcion de pueblos sin igual, y el no poder dar á los nuevos é inauditos sacrificios que exigía y debia exigir la apariencia siquiera de una representacion popular de que no habia querido prescindir ni aun en los tiempos de su mayor esplendor. Pero peor todavía que el hecho en sí era la razon de esta necesidad. Lainé habia pronunciado, entre los aplausos del Cuerpo legislativo, dos pala-

(3) Lubis, tomo I, pág. 80.

(4) Vaublanc, tomo I, pág. 147.

(5) Thiers, tomo XVII, págs. 179-180.

(6) Lubis, tomo I, págs. 85-86.

bras que habian sido causa de toda la desgracia, á saber: paz y libertad, y estas palabras no podia digerirlas el emperador, cuyo régimen era precisamente la negacion de la una y de la otra. Napoleon no podia vivir ni respirar sin la guerra y no le era dado guerrear sin negar la libertad de pedir la paz y de rechazar la guerra.

Durante la primavera de 1813 habia dicho Talleyrand al príncipe Schwarzenberg, en Paris: «Ha llegado el momento de que el emperador sea rey de Francia (1),» con lo cual habia querido significar la renuncia á la dominacion, á la guerra y á la política universales para limitarse á la prudente política de una monarquía nacional. Esto era precisamente lo que no podia hacer el emperador sin dejar de ser lo que era, y por esto el día en que se demostró que el imperio ó habia de volver sobre sus pasos ó habia de dejar de existir, fué para él un día de un terrible despertar. El imperio se habia convertido en soberanía extranjera dentro del propio país y el mismo Cuerpo legislativo habia iniciado el divorcio entre Francia y el corso cuando exigió del emperador, en contestacion al manifiesto de los aliados, un contra-manifiesto que aquel no podia dar sin descubrir que la guerra, para la cual hacia entonces un llamamiento, era una guerra antinacional, hecha exclusivamente en provecho del emperador y contra los intereses mismos de la Francia. Tal era el poderoso efecto producido por la aparicion del manifiesto de Francfort. El emperador habia ocultado á los dos cuerpos del Estado la proposicion de paz llevada por Saint-Aignan, de modo que de no haberse publicado aquel manifiesto Francia no hubiera sabido que los aliados no querian mutilar á la nacion francesa, sino abatir únicamente al emperador, y que la paz que ellos deseaban no era ni mas ni menos que la que ansiaba la Francia misma y la que solo el emperador no podia aprobar. Una vez publicado el manifiesto y una vez encendida, como hemos visto, una funesta discordia entre Napoleon y su parlamento, que hasta entonces le habia estado sumiso, la representacion popular de los franceses comprendió lo que habian manifestado en Francfort los hombres de Estado de los aliados, á saber: que los pueblos de Europa y el pueblo francés tenían un enemigo comun y que este enemigo era el emperador de los franceses.

«¿Qué dicen los parisienses? — habia preguntado Napoleon el mismo día de su regreso al prefecto de policía, Pasquier. — Conservan todavía el entusiasmo que mis triunfos les produjeron? — No, señor, — contestóle aquel, — se ha desvanecido. — ¿Pero me quieren todavía, por lo menos? — Señor, tengo que decirlo, ya no quieren á V. M. — ¿Soy temido? — Sí, señor (2).» Tal era la opinion pública en Paris: que no era distinta de los departamentos hubo de hacer Napoleon que se lo dijera el Cuerpo legislativo. Un sentimiento de mortal aislamiento le impulsaba á la lucha desesperada contra los aliados, que acudían á Francia por tres lados distintos y que, sin encontrar resistencia, se concentraban en el Marne, en el Aube y en el Sena para penetrar con abrumadora superioridad de fuerzas por los tres caminos que habian de conducirlos á la capital. El ejército de pueblos que en otro tiempo él habia mandado se encontraba al penetrar en Francia con un tirano que de tal manera se sentía odiado y aborrecido por sus oprimidos vasallos, que no se atrevía á dirigir un llamamiento á su pueblo, ni á declarar á la patria en peligro, ni á excitar los sentimientos varoniles y las nobles pasiones que enardecen á todo pueblo caballeresco en presencia de la guerra de defensa necesaria. Para decir algo á los franceses á quienes llamaba al auxilio de Francia, ordenó á sus senadores que,

como comisionados extraordinarios, recorriesen los departamentos y dijieran al oído lo que á ellos les aseguró falsamente antes de que se pusieran en camino, á saber: que veía que habia tenido demasiada aficion á la guerra, y que por esto mismo queria pagar él solo con su persona su culpa, arrojando al enemigo del país y firmando luego una paz que salvara á la Francia y le matara á él. Thiers, que nos transcribe con lágrimas de emocion estas palabras, es suficientemente cándido para añadir: «¡Ay! ¿Por qué no pronunció tan hermosas frases ante el mismo Cuerpo legislativo (3)?»

El día 23 de enero salió de Paris y aquella misma noche llegó á Chalons-sur-Marne. En Vitry encontró al ejército. Marmont le preguntó por los refuerzos que creía indudablemente que llevaba. «No traigo ninguno, — le contestó el emperador, — en Chalons no he encontrado un solo hombre. — Pues ¿con qué quiere V. M. pelear? — Probemos fortuna con lo que tenemos: quizás la suerte nos será propicia (4).» Los aliados habian llegado tres meses antes de lo que él habia calculado, pues no creía que emprendieran una campaña de invierno; así es que á su llegada, segun afirma el mismo Marmont, nada estaba terminado, nada organizado por lo que tocaba á los nuevos preparativos. No se habia presentado un solo voluntario y en cuanto á los nuevos reclutas eran en gran número los que habian desertado. Napoleon no encontró mas fuerzas que los restos de los ejércitos que sus mariscales habian podido salvar en sus retiradas, parecidas á fugas, ante los aliados; pero aun así, puesto él al frente de estas ruinas, era todavía un general temible, y así lo experimentó el ejército de Blücher, que sufrió el primer choque de Napoleon poseído de la mayor confianza.

Al dar las doce de la noche del día 31 de diciembre el ejército de Silesia pasó el Rhin por tres distintos sitios á la vez: por Caub, por Coblenza y por Mannheim. Desde Caub escribió Gneisenau en la mañana del 1.º de enero de 1814: «Nuestras tropas están animadas del mejor espíritu, habiendo todos rivalizado en ser los primeros á embarcarse en los transportes. Llenas de júbilo llegaron al río y le atravesaron prorrumpiendo en estrepitosos hurras (5).» Y desde el otro lado, desde Bacharach, escribia Blücher aquel mismo día: «La madrugada del día de año nuevo fué de alegría para mí porque pasé el soberbio Rhin. Grandes exclamaciones de júbilo resonaban en las orillas, y mis valientes tropas me recibieron con regocijo (6).» Despues de un par de cañonazos disparados precipitadamente, los enemigos emprendieron la fuga siendo hechos prisioneros sin lucha los que no pudieron huir. Lo que habia sucedido en el paso del Rhin se reprodujo en todo el camino á través de los valles del Nahe y del Mosela. El día 15 de enero escribió lleno de alegría Gneisenau á Radetzky desde Saint-Avold: «¡Nancy es nuestra! El enemigo no puede resistirnos: su sistema de defensa está apollillado: los habitantes han recibido á nuestras tropas con muestras de alegría. El levantamiento general, la landsturm, las cohortes, nada quiere ya dar fruto. La desgracia de Napoleon le ha hecho odioso á su engañado pueblo, así como antes su fortuna lo habia alucinado. Podemos llegar hasta Paris sin grandes esfuerzos ni peligros. Una última batalla no será sangrienta ni peligrosa (7).» Una semana despues,

(3) Tomo XVII, págs. 182-184 (\*).

(4) *Mémoires de Marmont, duc de Raguse*, tomo VI, libro XIX.

(5) Pertz-Delbrück: *Gneisenau*, tomo IV, pág. 142.

(6) Colomb, pág. 81.

(7) «Una última batalla,» así dice el hermoso original de esta me-

(\*) Thiers no era cándido; pero su obra es el panegírico del despotismo y de la fuerza en consonancia con el sentimiento de vanidad nacional que dominaba, cuando la escribió, en el pueblo francés.

(N. del T.)

(1) Metternich: *Participacion del Austria, etc.*, pág. 787.

(2) Lubis, tomo I, pág. 70.